

EVOCACIONES

Vivencias personales

Raúl Rojas Soriano



1

TOMO

www.raulrojassoriano.com

PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES

EVOCACIONES

Vivencias personales

Raúl Rojas Soriano

Primera edición: abril de 2014

Diseño de portada: propuesta por el Dr. Raúl Rojas Soriano. Las imágenes son de mi novela de la pubertad *La princesa enamorada*. Dichas imágenes se encuentran en la página electrónica: www.raulrojassoriano.com (Biografía: escritor y poeta en ciernes).

D. R. © 2014, Raúl Rojas Soriano
© Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
Manuel María Contreras 73. Colonia San Rafael
México, D.F., 06470. Teléfono 50 97 20 70
editorial@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.com

Plaza y Valdés Editores
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223
Madrid, España. Teléfono 91 862 52 89
madrid@plazayvaldes.com
ww.plazayvaldes.es

ISBN: 978-607-402-708-2

Impreso en México / *Printed in Mexico*

www.raulrojassoriano.com

Una muerte infantil que hoy quizá se hubiera evitado

EN el capítulo anterior mencioné brevemente a mi hermanito Bonifacio, *Boni*, que no consiguió ir a la escuela porque primero lo alcanzó la muerte, la cual siempre consideré injusta como seguramente así lo pensó toda mi familia.

Padecía un mal renal congénito. En esa época no se conocían los trasplantes de órganos (y aunque los hubiera, la economía familiar no daba para pagar una cirugía de este tipo por su alto costo). La medicina de entonces nada pudo hacer ante lo ineluctable de su destino.

Boni también tenía un ojo *pichi*. Así le decíamos porque uno de sus párpados estaba un poco caído, pero no se veía como defecto a esa tierna edad.

Mi hermanito no era consciente de esta pequeña anomalía de la naturaleza; me parecía más bien que su rostro angelical se veía más atractivo, idea que siempre tuve al contemplar la única fotografía de estudio realizada en Cuernavaca, Morelos en la que aparece él, junto a nuestra madre y, a los lados, nosotros, sus hermanos.

Su llegada como el nuevo miembro de la familia posiblemente no me afectó pues no me sentí desplazado en el afecto de mis padres y hermanos; los recuerdos que tengo van en el sentido de que siempre lo tenía como mi acompañante.

Durante mi infancia y adolescencia, luego de su partida, añoré su presencia; quizás hubiese sido el primero a quien leyera mis poesías y novelas, y hacerlo cómplice de mis aventuras con princesas en castillos medievales. Un dejo de nostalgia viene a mí, ahora que escribo estas líneas.

Éramos *inseparables* en nuestras andanzas. Además de lo dicho en el capítulo anterior, nos dedicábamos a cazar lagartijas o pájaros con nuestras resorteras, tumbar baquetillas (panales) para robarle la miel a las abejas, a perseguir las mariposas que se posaban en los charcos de agua que se formaban en la época de lluvias.

Él me seguía cual Sancho Panza a donde le dijera, para conquistar el mundo estrecho en el que vivíamos que, como dije antes, no pasaba del terreno amplio donde estaba situada la casa familiar, así como de aquél en el que vivía mi abuela, ubicada después de pasar un billar.

En esa época no teníamos televisión. Nuestra única compañía era la radio que representaba ya un lujo, pues tenía pocos meses que la electricidad había llegado al pueblo. Luego de la sobremesa mi padre nos contaba alguna de las anécdotas de su vida; era un excelente conversador que nos cautivaba con su charla.

Venía después el momento por todos anhelado, el de oír la radionovela que nos llevaba a un mundo distinto, a conocer otras formas de vida; a veces la trama nos hacía sufrir o reír; otras, enojarnos.

Una noche de primavera, después de la cena, llegó a nuestras vidas el esperado pero, a la vez, el indeseable frío del invierno, lo recuerdo bien. Estábamos con algunas de mis tías en el rústico comedor, que utilizábamos también como sala, para deleitarnos a partir de las nueve de la noche con la radionovela “Semillas de odio”.

Disfrutábamos de la trasmisión cuando entonces llegó el momento previsto por el médico, pero que mis padres deseaban que nunca se presentara, pues siempre esperaron por “un milagro”. La naturaleza ya había dictado su sentencia; viviríamos un hecho que enlutaría a la familia y a mí, en particular.

Nos encontrábamos absortos oyendo la radionovela mientras que mi madre cuidaba en la recámara a mi hermanito que se había puesto mal horas antes. Ella nos tuvo que gritar con tal fuerza, que a veces la recuerdo, para llamar nuestra atención; nos urgía para ir con *Boni* que agonizaba. Dejamos la comedia para empezar a vivir el drama de la vida real que se anunciaba, la muerte inminente de mi compañero de aventuras. Los gritos de dolor de mi madre y su llanto perenne inundaron mi alma por mucho tiempo.

Al otro día mi padre, con su pena auestas, marchó a Cuernavaca a comprar el ataúd; era blanco como el alma de *Boni*. Siempre recordaré sus ojos ya cerrados para siempre; nunca más le diría que tenía un

ojo *pichi*. Parecía que dormía tranquilamente por la forma serena de su rostro bello. Estaba vestido con su pantaloncito blanco; su camisita y calcetines eran del mismo color, como el del féretro. Entre sus manos, que estaban sobre su tierno pecho, mi madre le colocó un pequeño crucifijo.

Por la tarde se organizó la procesión que salió de la casa por la calle principal del poblado que era de terracería. Fue mucha la gente que nos acompañó para dejar a *Boni* en donde no queríamos que estuviera. La tristeza, aún recuerdo, se notaba en quienes llegaban al camposanto para darle el último adiós al ser hermoso cuya vida la natura truncó irremediablemente.

Todavía hoy rememoro esos momentos sombríos, el de ver cómo descendía en la fosa su blanco y pequeño ataúd en medio de las paredes de una tierra casi negra, y cómo caían sobre él las primeras paladas de tierra seca, mientras que todos, mi madre más que nadie, dejábamos caer abundantes lágrimas sobre la tierra que, poco a poco, terminaba de cubrir el féretro. El polvo que se levantaba cubría también a quienes permanecíamos a un lado de la fosa, contemplando sin creerlo la partida de nuestro *Boni*. El llanto, y los gritos de desesperación de mi madre, que eran más bien reclamos hacia su Dios, hacían más angustiosa la despedida; el sonido de las campanas ubicadas en la cercana iglesia envolvía tétricamente el llanto de familiares y amigos. Luego, el silencio aterrador al salir del panteón y dejar a *Boni* solo.

* * *

Días después mi padre le mandó a hacer una tumba de concreto, con una lápida en la que aún se leen, aunque borrosas, las fechas del nacimiento y muerte de *Boni*.

Nuestro progenitor se resignó al mandato de la naturaleza; mi madre, ¡no!, ya que consideraba que alguien era responsable de su dolor. ¿Lo buscó, después del entierro de *Boni*, en su concepción divina de la vida, según la religión católica que profesaba? Nunca lo sabré. Fui testigo, en cambio, de aquella actitud férrea que mostró al exigir una explicación en el ámbito terrenal, por lo que días después de la muerte de *Boni* me llevó con ella a Temixco, cerca de Cuernavaca, para ver al médico que atendió su enfermedad.

Vi el contraste, entre mi madre abatida por la tragedia, y la madre enfurecida ante un hecho que, según ella, nunca debió haber sucedido. Todavía recuerdo cómo su enorme pena se convirtió en un verdadero clamor, en un cuestionamiento indignado hacia el galeno, exigiéndole a gritos una explicación. El médico gentilmente buscaba dársela, pero ella no quedó satisfecha; nunca se resignó a perder al ser amado.

Durante meses la vi llorar en silencio; me llevaba al panteón para estar cerca de nuestro *Boni*. Encontraba un poco de consuelo al rezarle y dejarle flores en su tumba, las cuales mi madre cultivaba amorosa en nuestro rústico jardín; luego, volvíamos a casa con la tristeza como compañía. Era morir día a día...

Pocos años después, tres para ser precisos, su amargura cedió ante la llegada de un nuevo ser que surgía de su vientre, mi hermanito Humberto, quien le daría fuerzas para seguir viviendo.

Nunca me sentí desplazado por él; por lo contrario, me alegró mucho su compañía; su nobleza ha sido una de sus muchas cualidades, así como su dedicación para cuidar a nuestros padres.

Jamás olvidaré a *Boni*, a su vida malograda. Sirvan estas palabras *In memoriam*.

Cuando ha muerto algún familiar y lo entierran en el mismo panteón (pues no hay otro en el pueblo), me doy mi tiempo para visitar la tumba de *Boni*. Los ojos se me nublan y para que no asomen las lágrimas me alejo del lugar donde aún reposan los restos de mi hermanito.

* * *

Tiempo después, en diciembre de 2000, mi madre ya no lo dejaría solo y estaría, como en la fotografía*, junto a él para siempre, acompañándolo, en una tumba que mandamos cavar justamente al lado de la de *Boni*, para que ambos compartieran la misma tierra, el mismo destino, y también para que él, mi pequeño e indefenso hermano, tuviera a nuestra progenitora cuidándolo a fin de que no perturbaran su descanso eterno.

*La fotografía familiar en la que aparece *Boni* se encuentra en la sección "Documentos personales" de mi página electrónica (www.raulrojassoriano.com). También en la siguiente página.



Foto LUX
SBERNAVALA, MDR.

5